

BENJAMIN ALIRE SÁENZ

la  
Inexplicable  
Lógica  
de mi  
Vida



Título original: *The Inexplicable Logic of my Life*  
Traducción del inglés de Jeannine Emery  
Edición revisada y adaptada  
Primera edición: julio de 2020

© 2017, Benjamin Alire Sáenz  
Publicado por acuerdo con Clarion Books,  
un sello de Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company  
© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, s.l., 2020  
c/ Vergós, 26, 08017 Barcelona - [www.vreuropa.es](http://www.vreuropa.es)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-122148-0-2 - Depósito legal: B-4.745-2020

Maquetación: Cuqui Puig - Diseño de cubierta: Sharismar Rodriguez  
Fotografía de cubierta: © 500px y Getty Images  
Rotulación de cubierta: © Sarah J. Coleman  
Impreso por TauroGráfica

Impreso en España / *Printed in Spain*

Este libro se ha impreso en papel procedente de bosques  
gestionados de forma sostenible y que ha seguido  
un proceso de fabricación totalmente libre de cloro.

*Para Gloria, mi hermana menor, a quien  
quise de niño y quiero mucho más de adulto.  
Y en memoria de mi hermana mayor, Linda,  
quien se enfrentó al sufrimiento y vivió con dignidad*

# Prólogo

Tengo un recuerdo que es casi como un sueño: las hojas amarillas de la morera de Mima descienden del cielo flotando como enormes copos de nieve. Brilla el sol de noviembre, sopla una brisa fresca y las sombras de la tarde bailan con una vitalidad difícil de entender para un niño. Mima canta algo en español. En ella viven más canciones que hojas en su árbol.

Está rastrillando las hojas caídas y juntándolas. Cuando acaba, se inclina y me ata los botones de la chaqueta. Luego contempla su pirámide de hojas y me mira a los ojos.

—¡Salta! —me dice.

Cojo carrerilla y salto sobre las hojas, que huelen a tierra húmeda.

Me paso la tarde sumergiéndome en las aguas de aquellas hojas.

Cuando me canso, Mima me coge de la mano. Antes de entrar en casa de nuevo, me detengo, recojo algunas hojas y se las entrego con mis manos de cinco años. Ella toma las frágiles hojas y las besa.

Está feliz.

¿Y yo? Jamás me he sentido tan feliz.

Guardo el recuerdo en algún rincón de mi interior..., donde está a salvo. Cuando lo necesito, lo saco y lo observo. Como si fuera una fotografía.

# Primera parte

*Tal vez haya tenido siempre  
una idea equivocada  
sobre quién soy realmente.*

# Empieza la vida

Negros nubarrones se cernían sobre el cielo, y se intuía la lluvia en el aire de la mañana. Al salir por la puerta principal, sentí la brisa fresca en el rostro. El verano había sido largo y perezoso, repleto de días secos y calurosos.

Esos días de verano habían acabado.

Primer día de instituto. Último curso. Siempre me había preguntado cómo se sentiría un estudiante de último curso. Y ahora estaba a punto de saberlo. Empezaba la vida. Eso decía Sam, mi mejor amiga. Ella lo sabía todo. Si tu mejor amiga lo sabe todo, te ahorras mucho trabajo. Si tienes alguna pregunta sobre lo que sea, basta con acudir a ella: sencillamente, te dará toda la información que necesites. Aunque eso no significa que la vida sea pura información.

Sam era extraordinariamente lista. Y sabía muchísimas cosas. Montones y montones de cosas. También sentía las cosas. Cielos, qué manera de sentir. A veces me parecía que ella pensaba, sentía y vivía por los dos.

Sam sabía quién era Sam.

Yo, en cambio... No siempre estaba seguro. Sí, a veces Sam era una exhibicionista emocional con altibajos permanentes. Podía ser un huracán, pero también una vela suave que iluminaba una habitación oscura. Es cierto que me volvía un poco loco. Todo aquello —sus problemas emocionales, sus estados

de ánimo siempre variables y sus tonos de voz— le daba una increíble vitalidad.

Yo era diferente. Me gustaba la tranquilidad. Supongo que por una ilusión de control. Sin embargo, a veces sentía que no estaba viviendo realmente. Quizá necesitara a Sam porque me hacía sentir más vivo. Quizá no fuera algo lógico, pero a lo mejor eso que llamamos *lógica* está sobrevalorado.

La cuestión es que el primer día de clase, supuestamente el principio de nuestras vidas, hablaba conmigo mismo de camino a casa de Sam. Íbamos juntos al instituto todos los días. No teníamos coche. Mierda. A papá le gustaba recordarme que no lo necesitaba: «Tienes dos piernas, ¿no?». Quería a mi padre, pero no siempre entendía su sentido del humor. Al llegar a la puerta principal, le envié un mensaje a Sam:

**Yo:** He llegado!

No respondió.

Me quedé allí esperando. Y, ¿sabéis qué?, tuve la extraña sensación de que nada volvería a ser lo mismo. Sam llamaba *premoniciones* a ese tipo de sensaciones. Decía que no debíamos confiar en ellas. Fue a una adivina cuando estábamos en noveno curso, y al instante se convirtió en una cínica. En cualquier caso, aquella sensación me turbó, porque quería que las cosas siguieran igual, que mi vida siguiera tal como era. Ojalá nada cambiara. Ojalá. La verdad es que no me gustaba mantener esa breve conversación conmigo mismo..., y esta no habría existido si Sam no hubiera perdido la noción del tiempo. Yo tenía claro por qué llegaba tarde: los zapatos. Sam nunca sabía qué zapatos ponerse. Y, como era el primer día de clase, aquello era realmente importante. Sam y sus zapatos.

Por fin salió de casa mientras yo le enviaba un mensaje a Fito. Sus dramas eran diferentes de los de Sam. Yo jamás había

tenido que vivir en el caos que soportaba Fito todos los días de su vida, pero me parecía que se las apañaba bastante bien.

—Hola —saludó Sam, acercándose y obviando el hecho de que hacía ya rato que la esperaba.

Llevaba un vestido azul. Su mochila combinaba con el vestido, y sus pendientes se mecían con la suave brisa. ¿Y sus zapatos? Sandalias. ¿Sandalias? ¿He esperado tanto por un par de sandalias compradas en Target?

—Hace un día estupendo —dijo, toda sonrisa y entusiasmo.

—¿Sandalias? —pregunté—. ¿Para eso me has hecho esperar?

Sam no iba a permitir que la desanimara.

—Son perfectas. —Me sonrió de nuevo y me besó en la mejilla.

—¿A qué viene eso?

—Es para darte suerte. Último curso.

—Último curso. ¿Y después, qué?

—¡La universidad!

—No vuelvas a mencionar esa palabra. No hemos hablado de otra cosa este verano.

—Te equivocas. Yo no he hablado de otra cosa. Tú estuviste un poco ausente durante aquellas conversaciones.

—Conversaciones. ¿Eso eran? Creía que eran monólogos.

—Ya basta. ¡La universidad! ¡La vida, cariño! —Cerró la mano en un puño y lo levantó.

—Claro. La vida —dije.

Me lanzó una de sus típicas miradas.

—Primer día. Vamos a arrasar.

Nos miramos sonriendo. Y luego nos pusimos en camino. A empezar a vivir.





El primer día de clase no fue nada memorable. Por lo general, el primer día me gustaba: todo el mundo con ropa nueva y sonrisas optimistas; los buenos propósitos; el buen rollo flotando como los globos inflados con helio de un desfile; y los eslóganes de los encuentros de bienvenida motivacionales: «¡Hagamos de este año el mejor de todos!». Nuestros profesores no paraban de decirnos que teníamos capacidad para subir en la pirámide del éxito, con la esperanza de animarnos a aprender algo. O a lo mejor solo intentaban modificar nuestro comportamiento. Seamos francos: gran parte de nuestro comportamiento debía ser modificado. Sam decía que el 90% de los estudiantes del instituto El Paso necesitaba terapia de modificación de conducta.

Esta vez no me interesaba en absoluto toda esa experiencia del primer día de clase. No. Y, por si no fuera suficiente, Ali Gómez (cómo no) se sentó delante de mí en clase de literatura avanzada, por tercer año consecutivo. Sí, Ali, una rezagada de años anteriores, a quien le gustaba coquetear conmigo con la esperanza de que la ayudara con los deberes. Me refiero a que los hiciera por ella. Como si eso fuera a ocurrir. No tenía ni idea de cómo lograba meterse en los cursos avanzados; una prueba viviente de que nuestro sistema educativo era cuestionable. Sí, el primer día de clase. Nada memorable.

Salvo que Fito no apareció. Ese chico me preocupaba.

Solo había visto a la madre de Fito una vez, y realmente no parecía vivir en este planeta. Sus hermanos mayores habían abandonado el instituto para dedicarse a las sustancias psicoactivas, siguiendo los pasos de la madre. Cuando la conocí, tenía los ojos completamente inyectados en sangre y vidriosos, el cabello grasiento, y apestaba. Fito se sintió terriblemente avergonzado.

Pobrecillo. Fito. Bueno, mi problema era que siempre estaba preocupado. Odiaba eso de mí.



Sam y yo volvíamos a casa caminando después de nuestro primer día de clase nada memorable. Parecía que iba a llover; y, como a la mayoría de las ratas del desierto, me encantaba la lluvia.

—El aire huele bien —le dije.

—No me estás escuchando —contestó.

Estaba acostumbrado al tono de exasperación que a veces empleaba conmigo. No había parado de hablar sobre los colibríes. Le encantaban los colibríes. Incluso tenía una camiseta con un colibrí. Sam y sus etapas.

—Su corazón late con una frecuencia de hasta mil doscientas sesenta pulsaciones por minuto.

Sonreí.

—Te estás burlando de mí —dijo.

—No me estoy burlando de ti. Solo sonreía.

—Conozco todas tus sonrisas —respondió—. Esa es tu sonrisa burlona, Sally.

Sam había comenzado a llamarme Sally en séptimo porque, aunque le gustaba mi nombre (Salvador), creía que era demasiado para un tipo como yo. «Comenzaré a llamarte Salvador cuando te conviertas en un hombre... Y, cariño, te falta mucho para eso.» Definitivamente, a Sam no le gustaba Sal, que era como me llamaban todos los demás (excepto papá, que me llamaba Salvi); así que se acostumbró a llamarme Sally. Yo lo odiaba. ¿A qué chico normal le gusta que lo llamen Sally? (No es que quisiera ser «normal».) Pero no le podías decir a Sam que no hiciera algo. Si se lo decías, el 97 % de las veces lo hacía. Era la más terca del mundo. Simplemente, me dirigía aquella mirada que indicaba que tenía que aguantarme. Así que, para Sam, yo era Sally.

Entonces comencé a llamarla Sammy. Todos podemos encontrar una manera de igualar el marcador.

En fin, me estaba poniendo al tanto de las estadísticas de los colibríes. Comenzó a enfadarse conmigo y a reprocharme que no la tomaba en serio. Sam odiaba que la ignoraran. «Aquí vive

una mujer profunda»: lo tenía colgado en la taquilla del instituto. Juraría que por las noches se quedaba despierta pensando eslóganes. Lo de que era «profunda» me parecía comprensible. Sam no era precisamente superficial. Pero me gustaba recordarle que, si a mí me faltaba mucho para convertirme en un hombre, a ella le faltaba aún más para convertirse en una mujer. No le gustaba mi pequeño recordatorio, me dirigía esa mirada de «cállate».

Mientras caminábamos, insistía con los colibríes, y luego comenzó a recriminarme mi incapacidad crónica para escucharla. Y yo pensaba: *Dios mío, cuando Sam comienza con los reproches, no hay quien la detenga*. Me estaba regañando sin piedad. Al final tuve que interrumpirla; no me quedó más remedio:

—¿Por qué siempre buscas bronca conmigo, Sammy? No estoy burlándome. Además, sabes que no soy aficionado a los números. Los números y yo no nos llevamos bien. Cuando empiezas a hablar de cifras, me pongo bizco.

Como le gustaba decir a papá, Sam permaneció «inmutable». Comenzó de nuevo con los reproches, pero esta vez no la interrumpí yo, sino Enrique Infante. Se había acercado a nosotros por detrás mientras caminábamos. De repente, apareció delante de mí y se me echó encima. Me miró a los ojos y me clavó un dedo en el pecho.

—Tu padre es un marica.

Al instante, algo me sucedió. Una ola enorme e incontrolable me recorrió el cuerpo y se estrelló contra la orilla, que era mi corazón. De pronto perdí la capacidad de expresarme con palabras. No sé, jamás había estado tan furioso, y no supe qué me sucedía exactamente, porque la ira no era algo normal en mí. Era como si el Sal que conocía se hubiera marchado y otro Sal hubiera entrado en mi cuerpo y tomado el control. Recuerdo sentir el dolor de mi puño inmediatamente después de golpear el rostro de Enrique Infante. Todo sucedió muy rá-

pido, como un relámpago, solo que el relámpago no provenía del cielo, sino de algún lugar dentro de mí. Ver toda esa sangre saliendo a borbotones de la nariz de otro me hizo sentir vivo. Esa es la pura verdad. Y aquello me asustó.

Tenía algo dentro que me asustaba.

Lo siguiente que recuerdo es estar mirando fijamente a Enrique mientras este seguía tumbado en el suelo. Había vuelto a ser el joven tranquilo de siempre (bueno, tranquilo no, pero al menos podía hablar).

—Mi padre es un hombre —dije—. Se llama Vicente. Así que, si lo quieres llamar de alguna manera, llámalo por su nombre. Y no es marica.

Sam se limitó a mirarme. Yo también la miré.

—Bueno, esto es una novedad —comentó—. ¿Qué ha pasado con el chico bueno? Jamás habría pensado que serías capaz de pegar a alguien.

—Ni yo —afirmé.

Sam me sonrió. Era una sonrisa rara.

Bajé la vista hacia Enrique. Intenté ayudarlo a incorporarse, pero él no iba a dejar que lo hiciera.

—Vete a la mierda —replicó levantándose del suelo.

Sam y yo lo observamos mientras se alejaba.

Se volvió y me hizo un corte de mangas.

Me quedé un poco aturdido. Miré a Sam.

—Es posible que no siempre sepamos lo que tenemos dentro.

—Es cierto —dijo Sam—. Creo que hay muchas cosas que encuentran un escondite en nuestro cuerpo.

—Tal vez esas cosas deban mantenerse ocultas —comenté.

Volvimos a casa despacio. Durante mucho rato Sam y yo no dijimos nada, y aquel silencio entre ambos resultó definitivamente perturbador. Por fin habló ella:

—Qué bonita manera de empezar el último curso.

Fue entonces cuando comencé a temblar.

—Oye, oye, ¿no te he dicho esta mañana que íbamos a arrasar?

—Qué graciosa —respondí.

—Oye, Sally, Enrique se lo merecía. —Me dirigió una de sus sonrisas; una de las tranquilizadoras—. Sí, claro, no deberías ir pegando a la gente. Eso es una mierda. Tal vez tengas a un chico malo muy dentro que está esperando a salir.

—No, ni de broma.

Me convencí a mí mismo de que solo acababa de pasar por un momento muy extraño. Pero algo me decía que ella tenía razón. O al menos un poco de razón. Agitado, así me sentía. Quizá Sam estuviera en lo cierto respecto a lo que escondemos dentro. ¿Qué más cosas se ocultaban ahí?

Continuamos el resto del camino en silencio.

—Vamos a Circle K. Te compro una Coca-Cola. —A veces bebía Coca-Cola; me reconfortaba.

Nos sentamos en el bordillo de la acera y bebimos nuestros refrescos.

Cuando me despedí de Sam en su casa, me abrazó.

—Todo irá bien, Sally.

—Sabes que llamarán a mi padre.

—Sí, pero el Señor V. es guay. —«El Señor V.», así llamaba Sam a papá.

—Sí —respondí—, pero da la casualidad de que el Señor V. es mi padre. Y un padre es un padre.

—Todo irá bien, Sally.

—Sí —dije.

A veces estaba repleto de síes poco entusiastas.

Mientras caminaba hacia casa, recordé la expresión de odio de Enrique Infante. Aún oía el «marica» resonando en mi cabeza.

Papá... Papá no era esa palabra.

Jamás sería esa palabra. Jamás.

Luego se oyó un trueno, y comenzó a llover a cántaros.

La tormenta me envolvió, no era capaz de ver nada de lo que tenía delante. Seguí caminando, con la cabeza agachada.

Simplemente seguí caminando.

Notaba el peso de mi ropa empapada por la lluvia. Y, por primera vez en mi vida, me sentí solo.